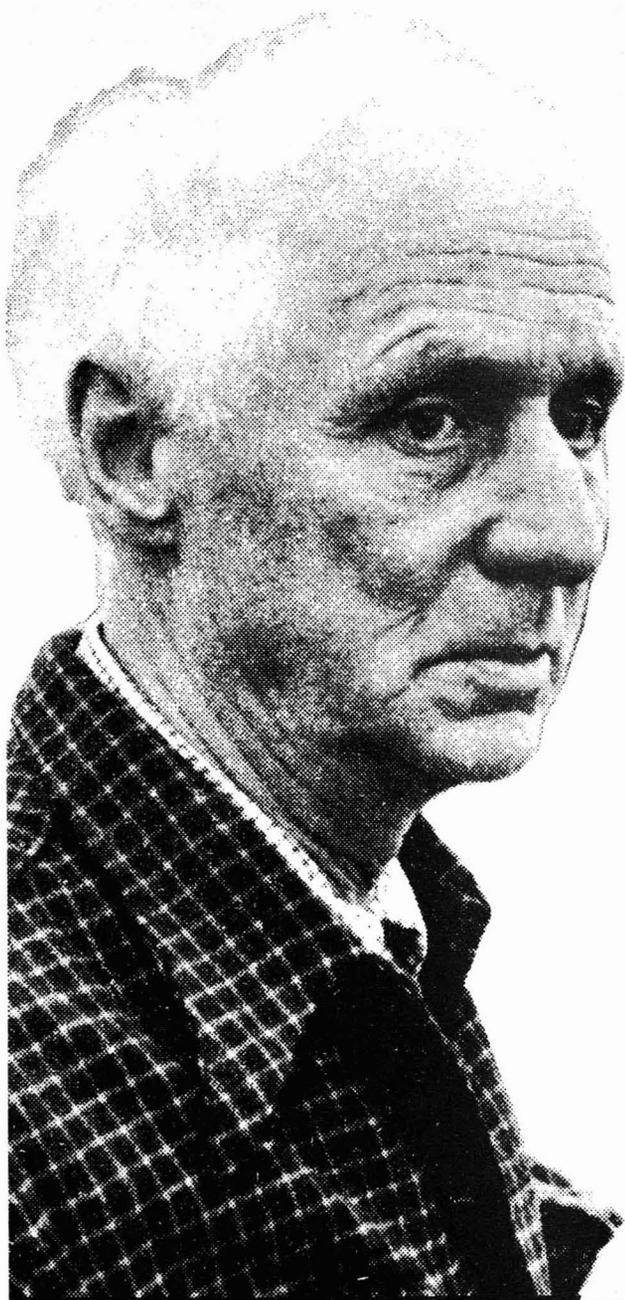


José
Kozer*
P
oemas

I

Ultima muerte de Max Ernst

Su desnudez a caballo, musculosa, y entre tantos aperos
refulge una sombrilla
y sus rotaciones hacen brillar entre festones una guadaña.
Cabeza al tajo: baja.
Tres frutas inaccesibles en la mano.
En la derecha gravitando una maza, pie firme
y pata decisiva al frente, yegua patricia
sus cuatro trancos desconocen
de qué se muere ante esa multitud la ropa blanca de una
costurera,
la frívola albricia de los ruseñores,
intolerancia de las agencias de pasaje
y Caronte cuya íntima prenda es la avaricia, su erudición
una moneda.
Oíd: los padres franciscanos tan bobalicones a la hora
del exterminio
se apelonan al santo sacramento del carnero perpetuo
esquilado y cagón, oraba
una capucha con la mano sobre un cráneo
y la hoja de parra absoluta sobre el forro de los cojones,
el ángel del Señor túnica abierta, muslo feroz
y en camiseta con las alas bordadas de un encaje concluso
de rosetones y babosas, para mayor garantía
una estola protectora, he aquí el trinomio:
para este último paso la tiñosa del juicio final te borda
una tonsura
y Max, la imagen de tus alfabetos son la rosácea
espumareda de tus acertijos en fermentación
y Max, a la primera oportunidad tus fantásticas
colocaciones
entre enaguas, bastones y una orla de polígonos
y viejas clepsidras en oxidación, código
de la ortiga.



* Oriundo de La Habana (1940), Kozer es autor entre otros libros, de *Poemas de Guadalupe*, Ediciones por la Poesía, Buenos Aires, 1974, y *Este juicio de números y letras*, 1975. Co-redactor de la revista *Enlace*, actualmente vive en Nueva York.

II

No sin menor desgarraduras
y al salir lesionado
a su mayor tristeza en las paredes
y sin pompas de obispo
ni jabonaduras.
Hizo calor
cuando al ungir sus manos
cuatro cipreses
magullaran con una imagen
desde el umbral
en sus despobladuras
una salida.
Fueron sus sienes un momento sin alternativa,
la viuda resalta demasiado grandiosa.
La tierra se sucede a la vista sin su equivalencia,
muy duro el trance de los panegíricos
impide un panorama.
Loa, su frac.
Loa, una mula
encima de la férula de su segunda paletada se descompone
una camisa
bajo su mando actual.
Si colocaran con sus pertenencias una mandolina,
las cuerdas de un laúd despavoridas,
las hormas de unos pantalones.
A la vitrina asome su mujer perlada por los sufrimientos
con la mano derecha sobre el corazón
ante notario.
Márchense ya jura de los oratorios
en toda su grandeza
a finales de mes
la fuerza de un capullo.
Y al año entrante
huelguen los lagartos.

III

Denostó tres mujeres al aniquilamiento y sus ojos
incurables concibieron la perdición del pueblo de
Israel.
Le aterraba la infidelidad.
La pequeña miopía de sus compasiones.
Tiránico: envejeció cercado de cuervos y herederas.
Quienes desearon su muerte perecieron aumentando
la pasiva benevolencia de los adulterios.
Vivió condenado a mirar por la opaca graduación de sus
cataratas.
Su obesidad.
Maltrató con sus refajos la obsesiva sumisión de una
judía en la tercera vez de sus matrimonios.
Y quiso amar pero Egipto reincidía por el viejo cristal
de su gafa imperturbable
para que Dios que es Dios levantara su asta de violencia
contra Tomás.
Obsérvalo bajar: mira la bolsa gruesa de sus ojos
hinchados de cenizas
y escúchalo comprar
para luego a la noche padecer la somnolencia oblicua de
su pueblo
aplastando los bueyes dadivosos del desierto.
Es Adonai: notemos las arpas de su ausencia
con su puerta alta de bronce
para intimidar todo alborozo de diademas
en su perla.
Tomás: desde la almena de su ternura una ballesta
miraba la desnuda alegoría
de Saba cristalina
en su delito.